



VOL: AÑO 10, NUMERO 27

FECHA: ENERO-ABRIL 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES I

TITULO: **Intereses individuales y acción colectiva, compilación de Fernando Aguiar**
[*]

AUTOR: *Norma Ilse Veloz Avila* [**]

SECCION: Reseñas

TEXTO

Una perspectiva metodológica que ha venido a dar un nuevo impulso al estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva es, sin duda, la ofrecida por la teoría de la elección racional y, en específico, por la teoría de los juegos de estrategia. A partir de ésta, se pretende rastrear los microfundamentos de los fenómenos sociales, cuando hasta no hace mucho tiempo la mirada se enfocaba tan sólo a lo macroestructural. De esta forma ha sido posible explorar los niveles individual y colectivo de la acción social y tender un puente entre ellos para avanzar en la comprensión de la participación individual en acciones colectivas.

Bajo el supuesto fundamental de que el individuo racional [1] define su participación en la acción colectiva con base en sus intereses y a partir de la interacción estratégica con otros individuos, esta perspectiva metodológica se aboca a elucidar la lógica de la acción colectiva, tal cual se plantea en el título mismo de una de sus obras pioneras (Olson, 1965), cuyo problema principal es la dificultad de la obtención de un bien público -o del interés común- a causa del egoísta interés privado.

El volumen que el trabajo de compilación y traducción de Fernando Aguiar nos presenta -además de su destacado ensayo introductorio- consta -incluyendo a éste- de seis estudios altamente propositivos en lo que se refiere a este campo de las ciencias sociales, tres de ellos con énfasis en la teoría y tres más en los que se reflexiona sobre casos concretos de la realidad social.

El primero de ellos, el trabajo de Fernando Aguiar, "La lógica de la cooperación", se ocupa de la estructura formal del problema de la acción común; trata críticamente los postulados originales de la teoría racional propuestos por Olson; cuestiona el egoísmo como motivación exclusiva de la acción y plantea la posibilidad de conformar un cuerpo teórico ampliado para la teoría de la acción colectiva que incluya otras motivaciones, entre ellas, el altruismo.

El autor, tras reconocer los aciertos de su interlocutor, no puede aceptar el planteamiento de Mancur Olson en el sentido de que el individuo sólo se interesará en cooperar para la obtención de un bien público si el grupo es muy pequeño, ya que cuanto mayor es el grupo, menor es el beneficio individual que se obtiene del bien común; o bien, en el caso de que el grupo sea grande, sólo si es presionado o incentivado con la oferta de un bien privado. Para Aguiar, no toda la conducta humana se enfoca a los resultados que son previsibles de obtener a través de la fórmula costo-beneficio.

Preocupado por los estrechos márgenes de la teoría restringida de la acción, Aguiar se pregunta si es posible incorporar al esquema de la acción colectiva otro tipo de motivación diferente al interés egoísta. Así, mediante la distinción entre macromotivaciones ("motivos para cooperar de carácter general socialmente compartidos que a menudo -aunque no necesariamente- no tienen en cuenta las consecuencias individuales de la cooperación") y micromotivaciones ("motivos por los cuales elegimos la cooperación en ciertas circunstancias en las que el cálculo de las consecuencias tiene un peso muy grande"), Aguiar propone un esquema de teoría de la acción colectiva (aún no existente) que, considerando la posibilidad de motivaciones mixtas, incluya como una de sus ramas a la teoría restringida, cuyo modelo tendría primacía metodológica y que se ocuparía de los casos en que la acción cooperativa se explique con base en las micromotivaciones, ya sean éstas netamente egoístas o incluyan un componente altruista; la otra gran ramificación comprendería el estudio de aquellos casos en que la cooperación se explica por macromotivaciones, las cuales coinciden con las normas sociales de cooperación que erigen un determinado tipo de conducta como un deber y que apoyan su realización en la aprobación o desaprobación social conducente.

Aguiar concluye que el agente que actúa cuenta con un conjunto motivacional subjetivo amplio en el que con frecuencia pueden entrar en competencia distintos tipos de motivaciones, entre ellas, la racionalidad instrumental y el deber de la cooperación regido por normas sociales. Sin embargo, como el mismo autor acota, la búsqueda de esa teoría extendida debe hacerse de tal forma que la multiplicación de motivaciones no haga perder a la teoría de la acción su atractivo lógico-metodológico.

Por su parte, Jon Elster, autor de primera importancia en esta línea de investigación, se plantea también el problema de la motivación de la participación individual en acciones colectivas, preguntándose por el papel que en ella desempeñan las normas morales de los individuos, en interacción con otras motivaciones que podrían conducir al individuo en dirección contraria, esto es, la relación entre el homo economicus y el homo sociologicus.

Como parte de su trabajo "Racionalidad, moralidad y acción colectiva", Elster analiza los cuatro tipos de conducta colectiva que resultan de combinar los intereses egoístas y los no egoístas con el interés centrado en el resultado y el interés que apunta hacia el proceso de la acción. En el primero de los casos, la conducta egoísta orientada al resultado, la cooperación sólo se producirá si el individuo puede imponer la estrategia cooperativa a los otros participantes; tratándose de la conducta egoísta orientada al proceso, los beneficios que se obtienen surgen como subproductos de una acción que se emprende por algún fin específico.

Elster se adentra en el objeto de su interés al abordar la acción no egoísta orientada al resultado. En ésta, distingue entre el altruismo como inclinación psicológica que busca en la acción colectiva una cierta satisfacción propia en beneficiar a los demás, y la moralidad que conduce a una evaluación de la situación que va más allá del interés personal, con una motivación fundada en el deber o en el deseo de promover el bienestar medio de la colectividad. Por último, la conducta no egoísta orientada al proceso es aquella que se rige por normas sociales, cuya violación provoca sentimientos de turbación y vergüenza, mas no de culpa, como en el caso de las faltas a la moralidad.

En el marco de una acción colectiva pueden presentarse, según nos explica Elster, participantes con diferentes motivaciones, siendo la presencia de cooperadores incondicionales (ya sea que actúen por deber o por preferencia) una condición necesaria para que surjan cooperadores condicionales.

En la misma línea de la teoría de la elección racional, Mark Granovetter propone en su artículo "Modelos de umbral de conducta colectiva" los "modelos de umbral" de participación como herramientas que pueden ayudar a enriquecer el análisis de la acción colectiva, salvando dos dificultades de los modelos de la teoría de juegos: la diversidad de preferencias entre los participantes y la interdependencia de las decisiones a lo largo del proceso. Según anota Granovetter, los modelos de umbral son aplicables a aquellos casos en que los sujetos se enfrentan a situaciones binarias, es decir, casos en que tienen que elegir entre dos alternativas excluyentes, como puede ser la decisión de adoptar o no determinada innovación, participar o no en una huelga, votar o no votar, migrar o no migrar, etc.

El concepto de umbral representa una predisposición conductual expresada en "el número o proporción de personas que han de tomar una decisión antes de que un actor dado lo haga; este es el punto donde los beneficios netos comienzan a superar a los costes netos para ese actor concreto" (p. 71). [2] Así, a partir de una determinada distribución de frecuencia de umbrales es posible realizar el cálculo de "equilibrio", o número final de los individuos que toman cada decisión, siendo precisamente el propósito del modelo el predecir, a partir de la distribución inicial de umbrales, el número o proporción de quienes toman cada decisión una vez concluido el proceso, el cual se desarrolla a lo largo de un tiempo determinado y por tanto puede dar lugar a cambios. [3]

Mientras la teoría sociológica atendía por lo general a los valores, normas, preferencias y motivos medios para la acción, los modelos de umbral se orientan a la forma específica en que esos motivos y preferencias individuales se agregan e interactúan, conduciendo a un determinado resultado. De aquí se sigue que el modelo permite evitar una inferencia equivocada de disposición individual a partir de cierto resultado colectivo, o también, explicar por qué siendo la disposición media favorable a la acción colectiva, ésta no se produce.

Entre los trabajos presentados en el texto que analizan casos concretos de la realidad social, el de Michael Taylor, "Racionalidad y acción colectiva revolucionaria" aborda la acción revolucionaria buscando los fundamentos a nivel individual que puedan completar los clásicos estudios de corte estructural, teniendo como referente principal la obra de Theda Skocpol, a la que haría falta, según su argumentación, mostrar el efecto de la estructura social sobre los individuos y las interacciones entre ellos.

Desde una perspectiva que combina el individualismo y el estructuralismo (buscando "explicar la acción colectiva en términos de las motivaciones individuales y éstas en términos de la estructura social", p. 111), el autor trata los casos de las revoluciones francesa, rusa y china, sosteniendo que la acción colectiva campesina en las rebeliones y revoluciones es producto de una elección racional que toma en cuenta su pertenencia a la comunidad. Nos dice Taylor:

"La acción colectiva campesina fue posible en primer lugar gracias al marco preexistente de comunidades aldeanas, que aportaron la base de una larga experiencia de reciprocidad y acción conjunta en el control colectivo de sus actividades agrícolas y de pastoreo, de sus propiedades comunes y sus instalaciones públicas.

En tanto que la estructura comunal era fuerte y sólida en los casos francés y ruso, no era así en el caso chino, sin embargo, éste no rompe la regla, dado el papel de empresarios políticos que representaron los comunistas para construir el movimiento revolucionario, organizando a los campesinos en cada aldea no por objetivos de largo plazo, sino por problemas apremiantes y en busca de beneficios inmediatos, lo cual hizo racional al

campesino su participación. De esta forma, la explicación de la acción a nivel individual contribuye a comprender un cambio de dimensiones históricas.

La colaboración de Charles Tilly en este volumen -"Modelos y realidades de la acción colectiva popular"- se plantea la aplicabilidad de la teoría de juegos a los estudios de los movimientos de acción colectiva popular, tales como huelgas, mítines, etc., teniendo como referente una serie de acontecimientos, en el tono de revueltas, suscitados en Francia en el año de 1906.

Su exposición gira en torno a cuatro grandes dificultades de la teoría: 1) lagunas en los modelos disponibles, como por ejemplo, pasar directamente de las predisposiciones de los individuos a las de los grupos, sin un análisis profundo de su conexión; 2) empleo de modelos de un solo actor, sin atender a la interacción social y a la continua evaluación de la correlación entre las partes, que refuerzan la ilusión de que la explicación de la acción colectiva proviene de las características de ese actor; 3) uso de modelos estáticos, incapaces de dar cuenta de los cambios en la acción y carentes de una descripción de la transición de un estado al siguiente y de una representación de la interacción de las partes; y 4) énfasis en las justificaciones causales de la conducta más que en las intencionales.

Tilly insiste en convertir los modelos de acción racional en modelos de interacción racional, en los que los costos y beneficios de cada actor dependan de las acciones de otros actores:

"Tenemos que considerar cada uno de los vínculos sociales, y especialmente los que se dan entre antagonistas, como un lugar de comunicación y negociación más o menos continua que sigue una lógica estratégica, cuyas consecuencias transforman la estructura y el contenido de sus lazos.

Al señalar las dificultades de esta tarea, Tilly aboga por la construcción de modelos de interacción estratégica entre actores múltiples dentro de un marco de repertorios de acción específicos, en un viaje de ida y vuelta de la historia a la teoría.

Por último -last but not least-, Diego Gambetta nos ofrece un muy interesante artículo -"La mafia: el precio de la desconfianza"- que explica cómo la racionalidad ha podido conducir a un resultado de desastre colectivo prolongado al interior de una estructura social estable, en este caso, cómo, con base en la decisión racional de los individuos, una organización como la mafia ha podido sobrevivir por más de un siglo, a pesar de los grandes costos que representa para el colectivo.

Así, Gambetta nos refiere que desde la dominación española en Italia se vivía una sensación generalizada de desconfianza, resultado de la política de "divide y vencerás", que dio lugar a la producción de ciertas respuestas adaptativas por parte de quienes la sufrían para salvar la situación personal. Para 1838 se tenía ya noticia oficial de la existencia de la Mafia, cuyas causas de surgimiento las ubica el autor en la ausencia de un orden público confiable y efectivo, con efecto de estancamiento de las operaciones económicas. La Mafia surge entonces como el grupo capaz de hacer cumplir, por medios privados, la justicia pública y asegurar el propio beneficio en un ambiente de incertidumbre. La desconfianza se vuelve para ella el caldo de cultivo del que extrae jugosas ganancias a través de su acción monopólica.

La Mafia ha tejido una red de relaciones tan compleja que difícilmente puede distinguirse en ella entre víctimas y cómplices. Su modo característico de actuar es ofrecer la seguridad que un agente central ausente no puede brindar al individuo, y es su interés

propio fomentar la desconfianza que incrementa la demanda de sus servicios de protección. Para el individuo, es completamente racional acogerse a la protección del mafioso, aun a pesar del indeseable desastre colectivo que representa la agregación de estas conductas individuales. Es así entonces como, enfrentando la desconfianza y, al mismo tiempo, fomentándola, el poder de la mafia se ha mantenido por tanto tiempo.

Estos trabajos nos ilustran en conjunto la riqueza de una nueva veta metodológica para el estudio de la acción colectiva en las ciencias sociales, en particular, nos alertan del simplismo de pasar mecánicamente de los intereses individuales a las acciones colectivas y, en contrario, deducir de la acción común un interés individual. Las formas en que estos niveles se interrelacionan ha sido el objeto de su análisis. La validez del enfoque -y como siempre, también su no exclusividad y pertinencia absoluta- han de demostrarse en el proceso concreto de investigación.

CITAS:

[*] (1991) Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 201 pp.

[**] Ayudante del Grupo de Investigación de El Cotidiano, UAM-Azcapotzalco.

[1] Se considera una elección racional aquella que atiende a un conjunto dado de preferencias jerarquizadas consistentes, de acuerdo con el cual, a partir de la información disponible, el individuo busca los medios que permitan maximizar sus beneficios. El supuesto metodológico de considerar la conducta humana como racional, según explica Fernando Aguiar, implica el analizarla como tal, sin que esto quiera decir que es el único tipo de conducta manifestado por el individuo.

[2] Por ejemplo, decir que el umbral de una persona es del 10% significa que precisa observar que el 10% del grupo se ha sumado ya a la acción colectiva antes de hacerla ella misma.

[3] En uno de sus ejemplos, el autor supone un grupo de 100 personas con una distribución uniforme de umbrales (un individuo con umbral 0, otro con umbral 1, y así sucesivamente hasta el individuo número 99, con umbral de 100). Si la persona con umbral 0% -aquella que no requiere que nadie haya actuado antes de ella para decidirse a actuar ella misma- realiza una acción instigadora, se producirá un "efecto de dominó" que conducirá a la acción de la colectividad total, dándose un resultado de equilibrio de 100%.